

RELACION

QUE SE HALLA EN EL OBITORIO DEL

MONASTERIO DE SANTA SUSANA

DE LA TRAPA,

SOBRE

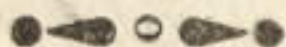
FR. IGNACIO VERGARA,

A la que va añadida

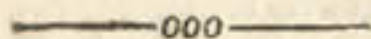
OTRA

RELATIVA A SU SEPARACION

DEL SIGLO.



CON LICENCIA.



BOGOTA.

Impr. de Bruno Espinosa; por José Ayarza.

Año de 1829.

RELACION &c.



FR. Ignacio llamado en el siglo Don Juan Fernando Vergara, era natural de Santafé de Bogotá en America, hijo de Padres muy distinguidos, Catedrático y Doctor en ambos derechos en aquella Universidad, Abogado acreditado en aquella Audiencia, Regidor de aquella Capital, y nombrado últimamente por nuestro actual Monarca Teniente de Gobernador Asesor, y Auditor á Guerra de la Gobernacion y Provincia de Popayan. Fué felizmente conducido por una particular Providencia de Dios, que le proporcionó los mas eficaces medios para su mudanza de vida, y direccion prudente en el camino de la virtud. Con estos auxilios produjo la gracia del Señor en él, los últimos años que estuvo en su Patria, los deseos mas verdaderos de darse todo al divino servicio, venciendo los obstáculos de su natural delicadeza, debilissima salud, y pusilaminidad, queriendo con grandísimo anhelo reparar á toda costa el tiempo que en años anteriores reconocia haber mal empleado. Fué efecto de esto el retiro que hizo dos años en los PP. Capuchinos; pero mayor todavia la resolucion que formó de venirse à España con el objeto de abrazar el instituto Trapense, de quien tenia noticia por el exemplar de Constituciones (único quizá en toda America) que remitió á sus gentes de alli, siendo Monge Benedictino, el Padre Fr. Iñigo Galvez, Monge despues de este Monasterio, donde murió santamente este año mismo, segun queda dicho en su lugar, Monge tambien de esta Ciudad.

Por varias consideraciones habia ido D. Fernando dilatando su resolucion, hasta que estrechandole el Señor mas cada dia, al paso mismo que aumentaba

*Fugite de medio Baby-
lonis, et salvet unus-
quisque animam suam.*

JEREM. C. 51. V. 6.

EL EDITOR.

LA Religion Cathólica al recibir al hombre en su seno, no solo le santifica, sino que le protege; no mira con indiferencia los errores de su entendimiento, ni los extravíos de su corazón—ella le estiende una mano misericordiosa, le levanta de su caída, y le hace dirigir sus acciones, al verdadero objeto de su creación. Grande y magnífica en sus obras, la Providencia brilla cada día; y diez y nueve siglos ratifican que jamás ha sido infructuosa la sangre del Cordero immaculado para el pecador arrepentido. Bien claramente manifiesta esta verdad la relación que hoy sale al público por primera vez.

Ella contiene la vida secular y religiosa del Sr. **JUAN FERNANDO** de **VERGARA** natural de Bogotá, é hijo de los Señores Francisco de Vergara, y Petronila Caycedo. Dios había resuelto llamar á sí á su siervo por uno de los incomprensibles caminos de su alta Providencia; y oprimiéndole con la gracia y las inspiraciones, le hace formar la heroica resolución de abandonar su patria, familia, empleos y comodidades, para sepultarse en el desierto de la Trapa. Allí permanece siete meses, en medio de las privaciones de aquel rígido instituto; y después de una vida penitente, estendido su cuerpo sobre la ceniza, ve pasar sin temor el terrible instante que separa el tiempo de la eternidad. La fé del Christianismo, y las obras de este hombre justo, nos aseguran con fiadamente que él goza del premio de sus virtudes en el seno mismo de la Divinidad.

La relacion que hoy se publica, existe en el Obitorio del Monasterio de la Trapa en Aragon, cuyo Abad la remitió con la carta que se acompaña al R. P. Capuchino Fray Andres de Aras; quien como director de la conciencia del penitente, y á solicitud de sus hermanos los Señores Francisco Xavier y Felipe de Vergara, formó la historia de la vida de este religioso desde su conversion á Dios, hasta su entrada en la Trapa; que igualmente se pone á continuacion. ¡¡ Pueda su lectura contribuir á obrar los mismos efectos en los que distraidos en el mundo, no escucháren las inspiraciones de lo alto—á la edificacion de las personas timoratas—al triunfo de nuestra Religion Catholica—y á la mayor honra y gloria del Señor !!



RELACION &c.



FR. Ignacio llamado en el siglo Don Juan Fernando Vergara, era natural de Santafé de Bogotá en America, hijo de Padres muy distinguidos, Catedrático y Doctor en ambos derechos en aquella Universidad, Abogado acreditado en aquella Audiencia, Regidor de aquella Capital, y nombrado últimamente por nuestro actual Monarca Teniente de Gobernador Asesor, y Auditor á Guerra de la Gobernacion y Provincia de Popayan. Fué felizmente conducido por una particular Providencia de Dios, que le proporcionó los mas eficaces medios para su mudanza de vida, y direccion prudente en el camino de la virtud. Con estos auxilios produjo la gracia del Señor en él, los últimos años que estuvo en su Patria, los deseos mas verdaderos de darse todo al divino servicio, venciendo los obstáculos de su natural delicadeza, debilissima salud, y pusilaminidad, queriendo con grandísimo anhelo reparar á toda costa el tiempo que en años anteriores reconocia haber mal empleado. Fué efecto de esto el retiro que hizo dos años en los PP. Capuchinos; pero mayor todavia la resolucion que formó de venirse à España con el objeto de abrazar el instituto Trapense, de quien tenia noticia por el exemplar de Constituciones (único quizá en toda America) que remitió á sus gentes de alli, siendo Monge Benedictino, el Padre Fr. Iñigo Galvez, Monge despues de este Monasterio, donde murió santamente este año mismo, segun queda dicho en su lugar, Monge tambien de esta Ciudad.

Por varias consideraciones habia ido D. Fernando dilatando su resolucion, hasta que estrechandole el Señor mas cada dia, al paso mismo que aumentaba

sus males y achaques, determinó por fin apartarse de los suyos, y bajo el pretesto de irse á recobrar (pero con ánimo en realidad de venirse á España) salió de su Patria el 28 de Julio de 1802. Por su falta misma de salud, repugnancia natural muy grande, con otros motivos que sobrevinieron, D. Juan Fernando tardó cuatro meses aun en embarcarse en Cartajena de Indias, cobrando ántes unas sumas que en Sta. Marta, y otras partes le debian hasta unos seiscientos duros, con que hizo su viaje. Pusieronle en Cartajena el mayor terror con asegurarle habia en el Bergantin fiebre amarilla, con que estuvo muy expuesto á desalentar del todo. Pero prefiriendo contra lo regular al dictámen del Proto-Médico el de un simple practicante, y confiado en Dios, esforzandose á si mismo, se embarcó, y llegó felizmente en once dias á la Ciudad de la Havana. “ Quatro meses paré allí, dice en una

„ carta, con las mayores tribulaciones que en parte
 „ alguna he tenido por mi grande cobardia: ni aun quise
 „ oír de navegacion, ni aun queria tratar con
 „ las gentes conocidas, y con tanto temor y abatimien-
 „ to, todo flaco, y pálido juzgandome todos enfermo.
 „ Los Capitanes de embarcaciones se recelaban en
 „ traerme, no fuera que en Cadiz les hicieran sufrir
 „ Quarentena. Mi consuelo era ir á la Iglesia del
 „ Jubileo, y clamarle á Nuestro Amo Sacramentado; y
 „ pasados algunos dias senti los mas fuertes deseos de
 „ embarcarme. Dios me sostenia; me consoló, y animó
 „ misericordiosamente con el Kempis en que me ha-
 „ blaba, segun era la necesidad. Las cartas de los
 „ que tanto propendieron á mi resolucion, me alen-
 „ taban cada vez que las leía, y me hicieron acabar
 „ de tomar ánimo en mi empresa, viendo se iba verifi-
 „ cando en todo el viaje lo que me habian anunciado.
 „ Embarcado al fin con el valor que me dió el Señor,
 „ me lo aumentó todavia para sufrir los trabajos, y
 „ sustos que experimentamos en ochenta dias que es-
 „ tuvimos en el mar corriendo grandes peligros dima-
 „ nados de los mas fuertes temporales que nos echaron
 „ á una altura extraordinaria, donde nos comenzó ya

„ á aflijir el temor de que nos faltarian víveres, y fué
 „ necesario poner á la gente á racion de agua, y comi-
 „ da; ni era facil hallar por alli, y á la distancia en
 „ que estabamos de quinientas leguas de Cadiz, quien
 „ nos socorriera. Mas, la Virgen Sma. á quien habia-
 „ mos recurrido en las anteriores necesidades, y nos
 „ habia librado de ellas, nos protegió tambien en esta
 „ ocasion. Una mañana que amaneció serena, y la mas
 „ tranquila, se vió á mucha distancia un Bergantin
 „ Portugués, quien no solo nos esperó, sino que nos
 „ socorrió con todo lo que necesitabamos generosa-
 „ mente y sin interes. Asi llegamos á Cadiz don-
 „ de saltamos à Tierra víspera del Corpus, despues de
 „ detenernos un dia la Junta de Sanidad en la Fra-
 „ gata y haber estado muy expuestos à pasar rigurosa
 „ Quarentena, de cuyo trabajo nos sacó tambien Dios
 „ cuando menos esperabamos. ”

Referida su estancia en Cadiz, y navegacion has-
 ta Valencia, detencion en esta Ciudad, seguida de su
 viaje hasta Cambriles, Lerida, y Reus con calesa, y
 grandes incomodidades, por lo estropeado de su salud,
 y otros trabajos, sigue asi en la carta dicha. “ To-
 „ mando mulas en Lerida me vine á este Monasterio
 „ á donde llegué víspera de San Agustin. Venia lleno
 „ de temor de que no me admitirian en él á causa de
 „ estar enfermo, extenuado, é inutil; aunque por otra
 „ parte muy confiado en Dios, y en la Virgen Sma. y
 „ alentado tambien con las cartas que trahia del Mar-
 „ qués de Valde-Iñigo de Cadiz, y Marqués de San
 „ José de Valencia muy afectos protectores del Mo-
 „ nasterio. Mas me recibieron inmediatamente con la
 „ mayor benignidad, y lejos de desecharme al ver mis
 „ temores, y sobresaltos, que precisamente se aumen-
 „ taban á mi llegada, pareciendome imposible sufrir
 „ esta austeridad con mi debil complexion, no obs-
 „ tante haber preferido este instituto á la Cartuja, y á
 „ todo otro à quienes ni en Valencia, ni demas partes,
 „ sentí la menor inclinacion, me animaron del modo
 „ mas caritativo, y como yo lo necesitaba, asi el P.
 „ Hospedero, como el P. Prior, que por estar en Ma-

„drid entonces nuestro P. Abad, era el Presidente
„del Monasterio.”

Recobrado pues, nuestro D. Fernando de su viaje de algun modo en unos dias que se mantuvo en la hospedería, y confirmado mas, y mas de que este era puntualmente el lugar donde Dios le llamaba tanto tiempo ántes, se le introdujo á los ejercicios Monásticos, y se le admitió poco despues al habito de penitencia que con singular consuelo suyo vistió el dia once de Septiembre de mil ochocientos y tres, afirmandole el Señor tanto desde entonces en su determinacion, dandole tanta tranquilidad de ánimo, facilidad en cumplirlo todo, agrado en un tal género de vida, voluntad de seguir adelante, y aun salud tan sin quiebra hasta pocos dias ántes de morir, que no acababa él mismo de admirarse, y de alabar las bondades de Dios.

Queriendo este Señor que Fr. Ignacio (este fué el nombre que se le puso) llegase en el breve tiempo que le habia determinado vivir á la perfeccion que pediría en otro de muy larga duracion, afirmó en él la espiritual fábrica con el cimiento de aquella humildad tan rara que puede considerarse como su carácter mas propio. Procuró el Maestro de Novicios solidarlo en ella desde el principio mismo, descubiertas en él claramente las mejores disposiciones. Además de despreciarle los títulos, y honores de sus empleos quando se los entregó; no quererle consentir diese á la sacristía una buena porcion de finos lienzos que trahia, ni decir las correspondientes Misas por unos setenta duros que le habian quedado, y de que queria desprenderse &c., no perdía ocasion de darle á entender con caritativa prudencia, y discrecion: ” que no venia tan desprendido del mundo como debia; que su delicadeza era impropia de la generosidad que Dios le pedia; que su tibieza era muy grande en todo, respecto del fervor que pedia este estado; que sería en él un hombre del todo inutil; que propendia en mucho á sus inclinaciones; que solo la caridad de esta casa podia sufrirle „ y

á este tenor otras cosas; de todas los quales veía el Maestro con gran consuelo suyo interior se convencía nuestro Novicio tan facilmente, que por mas que se internase con él la espada de la humillacion no se le hallaba fondo, ni fin, tanto que no se le vió una vez sola disgustado, resentido, ni aun conmovido. Y no porque no fuese de sí bien sensible, ó careciese de penetracion para alcanzar las muchas razones que la carne, y sangre podian sujerirle contra lo que le decian, y se le significaba; sino por que en todo miró ya Fr. Ignacio por objeto único á Dios, y á su eterna salvacion desde los pasos primeros de su carrera. No hay con que comparar el sacrificio perfecto que hizo al Señor de si mismo, especialmente desde que concluyó en una de las primeras semanas su confesion general, hecha con tantas lágrimas, que aun por todo el tiempo que vivió despues no pudo el Maestro enjugárselas del todo, por mas que se aplicó con especialidad á alentarle de continuo, reconocida en esta parte la necesidad que de ello tenia para lo que con todo lo demas, lo hallaba tan dócil, y sumiso que bastaba una palabra suya para calmarle siempre que se exitaba en su ánimo algun género de desaliento. Esto solo procedia de volver los ojos á su vida anterior, y creer habia estado la mayor y mejor parte de sus años sumamente remiso, é infinitamente distante de corresponder á las sollicitaciones de la divina gracia con la debida fidelidad "asegurando ser cierto que mucho ántes debia haber tomado su viaje, y venido á implorar la misericordia de esta dichosa casa" Se increpaba por tanto á sí mismo, sin medida y de continuo, tomando motivo para ello de qualquiera imperfeccion que veia en toda su conducta. Si era advertido de ella por algun superior, lejos de tomarlo á mal, "no hay, Padre mio, solia responder, cosa de que yo mas necesite, y que mas deba agradecer á la caridad de mis Padres que el que se me humille, y reprenda, por lo que continuamente estoy faltando: el amor de mí mismo, mi sensua-

„ lidad, mi inclinacion á las comodidades, el cui-
 „ dado de mi cuerpo es siempre grande en mí, no
 „ obstante que experimento me va mucho mejor aun
 „ en la salud, negandome del todo á mí mismo, y
 „ dejándome en todo rejar por la santa obediencia,
 „ y reglas comunes del Monasterio, hasta en lo mas mí-
 „ nimo” Recaían estas cosas que decia de sí, sobre
 haber dado á entender, con mucha sumision, los
 primeros dias, que se desvelaba en el Dormitorio
 (habia tenido siempre, segun decia, el sueño muy
 ligero) la frecuente tos, ronquido, y otros acciden-
 tes molestos de un Religioso inmediato; que le con-
 venia para sus males la agua de una yerba comun,
 unos polvos de Quina con agua para la debilidad
 de su estómago; poner en la taza de agua del Refec-
 torio un poco de pan tostado; todo lo qual recono-
 ció al instante ser una mera aprehencion, á que de-
 bia renunciar absolutamente.

Libre así en muy poco tiempo de todo cuida-
 do, y solicitud sobre sí, en nada mas pensó ya que
 en conformar su conducta y tenor de vida, con todo
 lo que prescriben las reglas, y estatutos de la casa.
 No hay para que hacer alto sobre esta, ó la otra
 en particular: todo lo que hay de mas austero, y pe-
 noso, se esforzaba Fr. Ignacio sin cesar á cumplir-
 lo hasta los ápices, ó menores circunstancias con
 que se acostumbra, ó se halla prescripto: has-
 ta los simples avisos, documentos, instrucciones,
 ó consejos de los superiores, ó libros que oía leer
 en el Refectorio tocante á los deberes del estado,
 miraba nuestro Novicio como preceptos rigurosos para
 él, y no sólo se disponia á practicarlos desde que
 llegaban á su noticia, sino que era muy frecuente
 acusarse en capitulo, y en las confesiones monás-
 ticas que diariamente se suelen hacer á los supe-
 riores: ” que él no habia obrado hasta entónces de
 „ aquel modo; que no habia cumplido lo que tal
 „ libro le decia; que habia faltado sobre el docu-
 „ mento dado en tal parte, ó en tal exhortacion, ó
 „ por tal superior &c.” El decirle que siendo No-

vicio no estaba obligado con estrechéz á estas cosas, como ni á tales devociones, ni aun al canto, y rezo del oficio Divino, que le trahia sumamente ansioso, y encontraba en él sus delicias, era poco para que se aquietase viéndose sin cesar impelido en su interior por el Señor á aspirar á lo mas perfecto, y solo la obediencia, ó decirsele descuidas- enteramente sobre aquel punto, le dejaba muy en calma, y sosiego.

En suma, hacia algo menos de dos meses que Fr. Ignacio llevaba el sto. hábito, y ya su espíritu se hallaba tan aprovechado, adelantado y acomodado á toda la observancia, como pudiera un Monje anciano, muy perfecto. De este modo se explica en el borrador de una carta que escribió en 30 de Octubre.—

”Yo estoy cada dia mas contento, y mas agrada-
 ,, do del Monasterio, de sus Religiosos, y superiores,
 ,, de todos sus úsos, y exercicios, y mas deseoso de
 ,, practicar estos con perfeccion, hallandome muy aco-
 ,, modado en la cama dura, ó de tabla, con dormir ves-
 ,, tido con todo el hábito, con el limitado y pobre
 ,, alimento, y con todas las demas austeridades, que
 ,, todos mis males, y achaques, no me han impedido
 ,, seguir bien hasta ahora. Esta es verdaderamente
 ,, la casa de Dios, donde he hallado una quietud que
 ,, nunca encontré en lugar alguno, y que me hace
 ,, sensiblemente conocer, estoy donde queria el Se-
 ,, ñor que estuviera. Así su bondad se digne acabar
 ,, en mi lo que no solo quiso principiar; sino ins-
 ,, tarme, y estrecharme mas y mas, á causa de mi
 ,, indignidad, obstinacion, y desobediencia. Cuento,
 ,, como la cosa mas segura que lo hará, interesan-
 ,, dose ya tanto en ello su misma gloria, teniendo yo
 ,, en el deseo de ella, todo el consuelo de mi al-
 ,, ma, y queriendo únicamente serle por entero agra-
 ,, decido. Confio así mismo con el favor de la Sacra-
 ,, tísima Virgen, bajo cuya proteccion nos hallamos
 ,, aquí, como lo están todas las casas del Cistér.
 ,, ¡O quanto se aumentaría mi gozo, mi contento,
 ,, y mi felicidad, si fuesen mis palabras poderosas

„ para producir efecto semejante al de mi padre San
 „ Bernardo, juntando por aquí á todos los míos, arras-
 „ trando de uno en uno por acá á todos mis hermanos,
 „ y sobrinos así Vergaras, como Ayalas.....

Con estas disposiciones fué siguiendo Fr. Ignacio toda la penosa, y larga temporada de los ayunos, y aun el fuerte de Quaresma, sin querer, ni apetecer dispensa alguna, aprovechando mas, y mas cada dia interiormente, y con mejora, segun decia, en la salud misma; bien que lo desairado, débil y achacoso, que ya trajo su cuerpo á lo que parecía, daba compasion á los religiosos. De estos, casi ninguno tenia concepto, ni opinion alguna de nuestro Novicio, á causa de no conocerle, ni saber sus qualidades, ni de su interior, y pudiendo reputarse facilmente tibieza y flojedad, aquella flaqueza natural suya; no mostraba él tampoco en modo alguno mas que la apariencia de un hombre vulgar en todo, y nada se ayudaba para hacerse en cosa alguna respetable, ó recomendable. Puede verse esto, y quanto iba él tambien adelantando por el siguiente papel que se halló en su cajoncito, escrito verosímilmente á principios de Quaresma, quando sin duda su naturaleza se empezó á resentir mas, y que sería al mismo tiempo en que su espíritu adquiria mayores incrementos. ” Míra al pecado venial, y faltas en las
 „ cosas pequeñas, especialmente siendo voluntarias,
 „ como un grande mal que te puede conducir al
 „ estado de perdicion. El pecado venial ofende á
 „ nuestro Señor, y así es grande indignidad come-
 „ terlo: es cosa que solo hace un mal hijo, y que
 „ puede desagradar á Dios, de modo que se retire
 „ de tí, y entónces sin su asistencia y especiales
 „ gracias, en qué has de parar? Para evitar tan gran-
 „ des males, y obrar con fervor desterrando la ti-
 „ bieza, convendrá el preguntarte todos los dias al
 „ levantarte, y despues entre dia, principalmente
 „ quando te siéntes con repugnancia á los exerci-
 „ cios: Fr. Ignacio, ¿ á qué has venido á este Mo-
 „ nasterio? reflexionando sobre ello un poco.—Tam-

„ bien convendrá el aspirár á lo mas perfecto en todo,
 „ como á ser muy obediente, executando ciegamen-
 „ te la voluntad de los superiores, hasta en las mas
 „ pequeñas cosas; á ser muy humilde hasta ale-
 „ grarte de que te tengan por inútil, é ignorante,
 „ y así de lo demas; y convendrá así mismo el to-
 „ mar por materia de exâmen particular el vicio de
 „ la pereza en todos sus ramos, sin dejarlo por cosa
 „ ninguna hasta haberlo destruido, y hacerlo todo con
 „ prontitud, y alegria, poniendo tu gozo en pade-
 „ cer por tu Señor, no solo el trabajo de los exer-
 „ cicios diarios, sino qualesquiera otros que te en-
 „ víe, ó bien en la salud, ó bien en el espíritu por
 „ médio de tribulaciones.—Tén presente, que tu gozo
 „ solo ha de ser en el Señor, y en acordarte que
 „ es tu Protector en todas tus cosas, con un em-
 „ peño singular, y que te dice muchas veces se for-
 „ talezca tu corazon, y obre varonilmente sin los te-
 „ mores que hasta aquí, y que te han salido vanos
 „ como te lo decia ”

Así caminó nuestro Novicio hasta cerca de los seis meses de su probacion con un fervor de espíritu tan singular que no es fácil hallarse semejante. Desde mitad de Quaresma especialmente se esforzaba en tanto modo á cumplirlo todo, sin pedir, ó apetecer la menor dispensa, sin manifestar que padeciera necesidad alguna particular, que vino por fin en la última semana á flaquearle su cuerpo del todo, de modo que no quedó ya lugar alguno á reparo quando fué advertido de los superiores, con un sufrimiento, y paciencia propia de un martir, se esforzó el Jueves Santo á venir á la Iglesia desde la Enfermería con arto trabajo por el deseo, y anhelo de comulgar con sus hermanos á la Misa mayor de mano del Reverendo Padre Abad. Puesto á la vuelta en la cama, mostró claramente ser mortal y perentoria su indisposicion, hallandose impedido enteramente de casi todo su cuerpo por una especie de perlesía; pero que le dejó en la cabeza el uso suficiente que podia necesitar, y apetecer en la

salida de este mundo. Púsose todo en manos de Dios con la mas edificante resignacion, renovandole en aquella hora con la heroicidad mayor, el sacrificio de sí mismo que ya hacia dias le tenia hecho. Recibidos los santos Sacramentos y todos los demas socorros con las mas santas disposiciones, aspirando al Señor sin cesar con toda la efusion de su corazon, sin cansarse de darle gracias por tantas misericordias como reconocia haber recibido de su bondad, y en especial por haberle traído acá; pedido perdon á sus hermanos, por desedificacion que á boca llena decia haberles dado este tiempo, encomendándose á sus oraciones con toda fé, pasó de este valle de lágrimas con la mayor paz, tranquilidad, y esperanza de gozar los bienes eternos por sola la consideracion de la divina liberalidad y proteccion de la Reyna del Cielo, en la mañana del dos de Abril, del año de mil ochocientos, y quatro, á los quarenta cumplidos de su edad.

— 000 —

CARTA

con que se dirijió al P. Aras la precedente relacion.

*Gloria á Dios.—Santa Susana de la Trapa 20 de Julio de 1804.—Reverendo, y amado en Jesuchristo, Padre mio.—*Ya estaba yo impuesto de los médios y auxilios que V. P. proporcionó á nuestro carísimo hermano Fr. Ignacio para corresponder al conocido término á que Dios le llamaba. A V. P. pues, por la parte que el Señor quiso darle en ellos, y á su Señor hermano Don Xavier Vergara, y demas hermanos, como inmediatos, y de obligacion, doy por la presente la mas alegre y cumplida enhorabuena, no ya por el feliz principio, y seguida exemplarísima, sino por el término dichoso de la carrera de la virtud, en el qual se consigue la palma, la victoria, el premio: y es la gloriosa, y afortunada época, donde principia la bienaventuranza eterna, é interminable: y en suma, el momento verdadero del na-

cimiento de los justos, é hijos de Dios, como sabe V. P. lo celébra, y reputa la Iglesia nuestra Madre. Así pues, demos todos las gracias al Señor por la que concedió á este bendito hermano, de poder cumplir muchos tiempos, en un breve transcurso de dias; bien que no debemos considerar estos por solo el tiempo que aquí ha vivido, sino tambien por tanto del anterior, en que bien prevenido por V. P. y asistido en todo por la divina gracia, mostró tan grande empeño, y fervorosa resolucion de seguir el celestial impulso interior fielmente y á qualquiera costa, venciendo en sí mismo, y fuera, obstáculos en lo humano insuperables. Formada una relacioncita, y puesta en el Obitorio, ó Necrologio de este Monasterio, incluyo á V. P. una cópia con que pueda formar sobre nuestro difunto, la tal qual idea que yo pudiera dar desde aquí, sobre lo demas que V. P. sabe de él. Y por que nos mostró sus grandes deseos de hacer participantes á los suyos de las misericordias que el Señor le concedió á él en esta casa, me ocurre incluir tambien una carta de nuestra Hermandad conque los admitimos por participantes de los bienes espirituales. Repito mi intencion al Sr. D. Xavier Vergara, con todos los demas sus señores hermanos, y familia, y quedo de V. P. verdadero afecto, servidor, y humilde Capellan Q. S. M. B. — *Fr. Gerasimo Abad.*—P. D.— Sé que nuestro Fr. Ignacio escribió á V. P. á su Señor hermano, y &c. varias largas cartas, contando con estencion todas sus cosas. De sus borradores, hallamos despues algunos fragmentos en su cajon, que sirvieron para formar su relacion.



SEGUNDA RELACION

formada por el R. P. Fr. Andres de Aras sobre la vida del Sr. Juan Fernando de Vergara, hasta su separacion del siglo.

Señores Francisco Xavier y Felipe de Vergara.

Despues de haber leído à Vmds. la relacion sobre la fervorosa vida, y exemplar muerte de su hermano, y mi amado hijo en J. C. D. Juan Fernando, que acabo de recibir con carta de 20 de Julio del corriente año, del Rmo. P. D. Fr. Gerasimo de Alcántara, Abad de Monasterio de la Trapa en Aragon, me la piden Vds. para satisfacer la piadosa curiosidad de los muchos que desean leerla, insinuandome que contribuirá no poco à la edificacion comun, si à quanto me dice el Rmo. P. Abad, acompañase yo algunas particulares noticias, 1.º Sobre las causas de su retiro à esta casa de Misiones. 2.º tenor de la vida que observó en el tiempo que permaneció entre nosotros. 3.º principios de su vocacion al rígido instituto de la Trapa, con lo demas que se pueda decir, y estime por conveniente hasta su ingreso en el Monasterio. Esta peticion, y solicitud de Vds. no puede ser mas laudable, ni mi pronta condesendencia en todo mas justa y debida.

Los del mundo se glorían por lo comun en las grandezas, y títulos que dispensan los Soberanos à sus familias: en los ascensos y honores que consigue un hermano, ó pariente: en los bienes y riquezas que les vienen à las manos: y en la opulencia y esplendor que les entra por sus puertas. Esto es quanto miran los mas como gloria verdadera, lo que aprecian como sólida grandeza, y por esto procuran por todos medios publicarlo, y aplaudirlo; quando à mas de ser todo una pura vanidad que sin saber de que modo lo desvanece muchas veces como al humo un repentino viento, ó la muerte lo roba cuando menos se piensa, no tiene en si otro mérito para tan excesivo aprecio,

que el de un errado concepto. Pero Vds. en la presente ocasion distan mucho de parecerse à los del mundo. Dotados de superior ilustracion, y conducidos por principios mas sólidos y religiosos, no se glorían de honras, y preeminencias terrenas, ni intentan hacer ostentacion de grandezas humanas, sino de las verdaderas, permanentes, y eternas. Despues de bendecir al Dios del Cielo, como autor único de las mudanzas extraordinarias, pretenden con lo que solicitan, confesarle tambien delante de todos los vivientes por la misericordia que ha usado con Vds. en dar à su familia un hermano que advirtiéndole en su corazon los suaves y fuertes impulsos de la gracia y vocacion divina, supo corresponder fiel y prontamente, despreciando al mundo con sus lisonjeras y vanas esperanzas, convirtiéndose de veras à Dios, y entregándose por entero à la virtud y santidad. Un hermano que abandonándose en brazos de la divina providencia, siguió la estrella de una luz celestial que lo conducia por rumbos arduos y dificultosos, hasta llegar al felicisimo portal de Sta. Susana, en donde con el último mas perfecto sacrificio de si mismo, sirvió al Señor con fervorosa y constante aplicacion, con escrupulosa é incansable fidelidad, hasta terminar la carrera de su vida, abrazado con la penitencia y sobre la paja y ceniza. No sé verdaderamente que pueda hallar en esto de reprehensible aun la crítica mas severa; à no ser que se pretenda hacer de peor condicion à la virtud que al vicio, ó se quiera hacer correr igual suerte à la memoria del justo, que à la del pecador. Yo al reflexionarlo en todas sus circunstancias, no puedo menos que aplaudirlo y celebrarlo, por que solo descubro en este hecho, una manifestacion pública de la misericordia de Dios que contribuye à su mayor gloria.

Siendo esto así, me consideraría muy reprehensible en su divina presencia, si desentendiéndome de la insinuacion y solicitud de Vds. , no contribuyera por mi parte à que todos alaben y glorifiquen al Señor de quien proviene todo lo bueno y santo de sus criaturas, y al que unicamente se debe toda alabanza y glo-

ria, todo honor y bendicion. Bueno y muy bueno es encubrir los designios secretos que forma el Rey en su gabinete, y las resoluciones ocultas que se toman en sus consejos; pero cuando la ocasion lo pide, por conducir à la mayor gloria de Dios, es cosa honorifica, digna de toda alabanza, descubrir y publicar las obras de su providancia, bondad y poder. Sus Ministros en semejantes ocasiones deben en quanto les sea permitido descubrirlas y publicarlas, ya para manifestar su agradecimiento por lo que se sirvió de ellos para su ejecucion, y ya para que viendo los demas las grandes maravillas que obra con sus escojidos, alaben al Señor, pongan en él su confianza, y se hagan dignos de su proteccion y misericordia, imitando los exemplos que les pone delante en quanto son compatibles con sus circunstancias y estado.

Sin otra mira pues, que la gloria de Dios, sin exageracion, ni suposicion piadosa, con la sinceridad y verdad que pide el asunto, y es propia de mi estado, y limitandome à quanto supe por las confianzas debidas à mi amistad, digo: 1.º Que D. Juan Fernando pasó lo mejor de sus años embebido todo en los estudios, grados, cátedras, comisiones, encargos y empleos del mundo. Aunque el negocio de su salvacion no ocupó sus principales atenciones como debiera, y como el primero en el órden, y el mas interesante, sería sin embargo temeridad grande hacerle un conocido agravio, y aun violar los derechos de la verdad, si se quisiera decir que vivió sin religion, y desentendiendose por entero de los deberes christianos. Yo confieso de buena fé, fundado en quanto me comunicaba en nuestras familiares amistosas conversaciones, que por su natural vivo, intrépido y fogoso, como por la libertad que tuvo, y proporciones que no le faltaron, estuvo muy expuesto à precipitarse en todo género de excesos, y aun en los mas execrables de irreligion, como ha sucedido à muchos con menos alicientes y ocasiones. Pero la educacion noble y christiana que recibió de sus piadosos padres, afianzada no menos con exemplos que con palabras, y la que con esmero cul-

tivaron, como lo acostumbran los superiores del Colegio Mayor del Rosario donde hizo sus estudios, nunca la perdió de vista; siendo para él no solo un freno que le contuvo en todas ocasiones, sino tambien como una fecunda semilla que le produjo en todos tiempos los frutos visibles de una probidad regular, que unida con su talento, ilustracion, y desempeño de cuanto se le confió, le merecieron el concepto, estimacion y aprecio que es público y notorio. Pero principalmente debió cuanto fué y cuanto podia haber sido, à una conducta de particular bondad que usó Dios con él, y que al confiármela con su acostumbrada franqueza é ingenuidad, no dejó de sorprehenderme por el todo de sus circunstancias. Desde muy niño derramó Dios en su corazon para todo lo del mundo, una amargura tan sencible y particular, que nunca dejó de experimentar-la y advertirla. Él se divertió con sus concoleas, se paseó con sus amigos, y concurrió à cuantas funciones, pasatiempos y desahogos, no eran impropios á su estado y profesion segun el concepto comun: pero jamas le acompañó su corazon; nunca sus risas nacieron mas allá de sus labios; en todo hallaba disgusto, todo le causaba desazon, y todo se le convertia en nueva hiel y amargura. Fué en la realidad un verdadero hipócrita del mundo, que viviendo en continua violencia, sin gusto, ni contento, aparentaba una cosa y sentia otra. ¡ O cuantos suspiros arrancaron de su pecho, y cuantas lágrimas sacaron á sus ojos en los dias felices de su conversion las serias y continuas reflexiones, de que podia haber sido un santo desde niño, teniendo en si mismo un tan poderoso socorro! De aqui le previno el no ser de genio igual, y el dejarse ver inconstante en todo, como creo lo advertian cuantos lo trataban de cerca; y esta igualmente fué la causa de no acomodarle ningun destino, y aun la de renunciar el último mas ventajoso que se le proporcionó en la Auditoria á Guerra de la ciudad y Provincia de Popayan con que se le abria la puerta para una brillante carrera. Dios que habia determinado conducirle por otros medios á mas ventajoso destino, le dió

este contrapeso interior, disponiendolo así con su admirable providencia, para que no se empeñara, como estuvo muy espuesto ó en el estado del matrimonio, ó en asuntos de un exito fatal é irremediable, frustrando con esto sus amorosos designios, desviandose del camino prefijado á su salvacion, y aun tal vez imposibilitandose para conseguirla.

Así llegó á los treinta y seis años de su edad, y á los principios de mil ochocientos, cuando aquel buen Dios que no lo perdía de vista, ni cesaba de mirarlo con ojos de misericordia, quiso ostentarse con él mas misericordioso y bueno que nunca. Como en su sabiduria infinita hálla todos los medios para la ejecucion infalible de sus designios, echó mano de los que tuvo por mas convenientes y eficaces para sacarlo de aquella vida distraída, y dividida que habia llevado, hasta apoderarse de su corazon. El tédio y disgusto de siempre, subió de punto sin motivo conocido, creció, sin saber por qué la tristeza y amargura, quedando con esto tan sin aliento su espíritu, y en tal abatimiento su ánimo, que le hizo suspender cuanto tenia entre manos, y le obligó á huir y esconderse de todos, y aun à hacerse insoportable á si mismo.

Una novedad como esta, y nunca experimentada en igual grado, pudiera tal vez atribuirse á una hipochondria exaltada, como efecto consiguiente de su vida sedentaria; pero como esta solo produce en el entendimiento confuciones y obscuridades, y en el suyo amanecieron claras, ordenadas, y nuevas luces, deciden toda duda, y persuaden con evidencia que Dios era su autor único, y el que por este medio de bondad, comenzaba á insinuarse en su corazon para arrancarlo de una vez del mundo y de sus criaturas. Con aquella extraordinaria claridad que sabe dar cuando quiere, le puso delante la inutilidad de su vida, el abandono de su alma, y le hizo ver su necedad y locura en preferir la criatura al Criador, lo temporal á lo eterno. Le recordó uno por uno los indispensables, y gravisimos deberes de un christiano y profesor del Evangelio para con su Dios, y Redentor; y del modo mas vivo, y pene-

trante, le representó el juicio espantoso que muy en breve le esperaba, y la condenacion eterna que le estaba preparada si prontamente no reformaba su vida y costumbres.

Estos fueron los suaves y fuertes medios que eligió Dios, y de que alternativamente se valió su misericordia para agitar y apremiar á este hombre de bendicion; y estos los golpes y aldabadas con que sin intermision llamó á las puertas de su corazon, para despertarlo de su letargo, y atraerlo á sí, compadecido de sus miserias. El terror y espanto de que por instantes se ocupaba en su interior con la venturosa tempestad de tan útiles truenos y relampagos, las congojas que sobrevenian á su espíritu, las aflicciones que devoraban su alma, y la opresion en que por último se puso su corazon, pudieran haberle conducido al último extremo de la desesperacion, sino tuvieran otro principio que en el de una imaginacion acalorada. Pero nacia de Dios, tenian en su bondad el oríjen, las daba su misericordia, y no para herir sino para sanar. Así lo reconoció D. Fernando. En medio de reconvenciones tan convincentes, y cargos justificados aunque con amenazas sobre sí muy fundadas, y castigos, como él se explicaba, bien merecidos, no descubria en Dios el carácter é investidura de un Juez implacable, que sin piedad iba á descargar el último golpe de su abandono eterno, sino el de un padre tierno, y amoroso que deseaba su felicidad, anhelaba su bien, le estendia el manto de su proteccion, y le brindaba con la misericordia y perdon. Una viva esperanza que advertia en el fondo de su angustiado corazon, confirmaba este su concepto, y convencido y alentado con ella, levántase sobre sí, y se resolvió animoso á responder á su Dios, seguir su voz y llamamiento con presteza y docilidad, sin resistencia ni tardanza.

No quiso el Señor que diera por entónces otro paso, ni le sujirió al pensamiento otro médio, que el de presentarse, como lo hizo á principios de aquella Quaresma al Superior de esta casa, pidiendole con la mayor sumision, y del modo mas obligante

el hábito de Donado para acabar sus dias en el retiro, penitencia, y voluntaria abyeccion. Una solicitud de esta naturaleza, y de quien no era fácil presumirse inconsideracion ni ligereza, y mucho menos suponerse pesar, ó fracaso que la motivase, no dejó de sorprender al pronto. Pero bien reflexionada en sus circunstancias, desde luego hizo conocer, que algun designio de la divina providencia estaba oculto en resolucion tan humilde, y en peticion tan sumisa. Sin embargo, con el fin de esperar á que el tiempo descubriese mejor el misterio que se creía de Dios, se le despidió cortésmente, dándole esperanzas para lo sucesivo, y franqueandole las puertas de esta casa para lo mas que quisiera, haciendole presente la total satisfaccion que podia tener en ella, ya por el mérito de su persona, y lo recomendable de su familia, y ya por los muchos y señalados favores con que su santa hermana Doña Josefa, se acreditó hasta su muerte con los piadosos officios de madre la mas interesada en el bien de esta Comunidad.

Aunque se retiró á su casa (quedando el asunto en secreto) sin el consuelo á que anhelaba, no dejó de suplirlo en gran parte un paso de tanta humildad, y dado no por la carne y sangre que nunca ha sabido inspirar pensamientos tan humildes, sino únicamente por Dios, y en testimonio y comprobacion de sus sincéros deseos por complacerlo. Pero mientras esperaba nueva resolucion, y meditaba el asunto consigo mismo, el Señor no lo perdía de vista un instante, y siempre con mayor y nuevo empeño de hacerlo enteramente suyo. Pulsaba, y clamaba á las puertas de su corazon, aumentando las luces y conocimientos: instaba, y apremiaba con nuevos y mayores temores; y de un modo tan vivo y vehemente se daba á conocer; con tanto interés se dejaba sentir, que no le permitia un instante de reposo, y serenidad. Así combatido de temores y sobresaltos, y agitado de tristes y amargos recuerdos, pasó los dias que mediaron

hasta la semana de Pasion: y sea por su natural reservadísimo y silencioso, ó sea (como yo siempre lo he creido) por que Dios quiso humillarlo, y abatirlo hasta el profundo, para que con tan sólido cimiento, lebantara despues con seguridad la gran fábrica de la virtud con incesante reconocimiento á sus bondades, ello es cierto, que no le ocurrió en este tiempo, médio ni arbitrio para aliviar sus penas, pasando todos estos dias en silencio profundo, disimulo violento, y del todo abandonado á las tristes reflexiones que le hacian conocerse tal cual era, y le obligaban á despreciarse, y aun à horrorizarse de sí mismo.

Pero al anochecer de no sé qué dia de esta semana, y en que se vió mas colmado de afliccion, y desconsuelo, quiso Dios le viniera yo al pensamiento con cierto impulso é inclinacion á buscarme, y desahogarse conmigo. Nunca nuestro tráto habia pasado de una salutacion recíproca y pasajera al encontrarnos; pero aunque sin otra intimidad, á Don Fernando le sobraban motivos para la entera satisfaccion, no pudiendo ignorar que quanto tenia relacion con su difunta hermana, era para mí, y para toda esta Comunidad, como lo es aun hoy dia, lo mas grato y recomendable. Con la resolucion que desde luego formó, llamó á la puerta como á las nueve de la noche, solicitandome en secreto por médio del portero. Bajé sin otra detencion, aunque sí pensando entre mí, como era regular y consiguiente á quien ignoraba lo acaecido, y nada sabía de tal hombre, que urgencia podria tener para tan silencioso llamamiento, y en hora tan irregular. Y quando despues de saludarnos me dijo al oído que me necesitaba entónces mismo para hablarme en secreto, y en lugar que nadie lo observase, ni supiese, lo llevé donde me pareció mas proporcionado al efecto. No me acuerdo haber visto en iguales circunstancias otro hombre mas ocupado de temor, y poseído de igual sobresalto. Pálido en su rostro, frio, y trémulo en su cuerpo, con suspiros ahogados, y pala-

bras sofocadas: tal era su situacion al comenzarse á explicar. Era menester dejar de ser hombre para no compadecerse, viendo así aflijido á un semejante. Como un desalmado y réprobo me consideraría yo, si despues de abrazar á este pobre hombre, consolarlo, y ensancharle su corazon, no me hubiera empeñado y ofrecido á quanto quisiera de mí.

Pero si á tanto como esto me obligó el estado y ministerio, á una semejante correspondencia le obligó su buen corazon. Él desde aquel punto se dejó en mis manos, se puso á mi disposicion, y su voluntad desde entónces ya no fué sino mia. Como no podia desear por entónces mejores disposiciones para lo bueno, y para quanto Dios quisiera de él en lo succesivo, me aproveché inmediatamente de la ocasion, aconsejándole que entrara en exercicios aquel sábado inmediato en compañía de otros que estaban admitidos para lo mismo: y si con todo rendimiento y sumision aceptó el consejo, con no menos puntualidad acreditó su obediencia en ejecutarlo. Siguió sin faltar en nada la distribucion establecida para exercitantes, y quando los demás se volvieron á sus casas cumplidos los diez dias, Don Fernando solo pensó en continuarlos con mas rigor y austeridad.

Desde el primer dia que se consagró á la soledad y retiro, propuso en su corazon no acordarse del mundo, ni ocuparse en otra cosa en aquellos dias de salud y bendicion, que en los tres mas importantes objetos de *Dios, Alma, y Eternidad*. Fuera de las horas de oracion y leccion á que concurrió los diez primeros dias con los demas, todo el restante tiempo del dia, y aun de gran parte de la noche, lo dedicó sepultado en su celda al exâmen de conciencia, empeñadísimo en hacer una confesion general de toda su vida, tan por menor y exácta como si nunca se hubiera confesado, como si aquella confesion fuera la última, y como si el momento de la absolucion fuera el de pasar al juicio de Dios. No es para decir cuan severo tribunal levantó dentro de sí mismo, y á cuan rigurosa residencia lla-

mó á su alma. Aprovechándose de la ocasion favorable de una celda retirada, y del tiempo que Dios le daba á su discrecion, recorrió con exquisita diligencia todos los caminos que habia andado en su vida, rejistró con sumo desvelo las huellas de sus pies, y se tomó cuenta muy por menor de sus empleos, encargos, comisiones y manejos, sin perdonar á su memoria el recuerdo individual de todo escrito; todo parecer, todo dictámen, y toda diligencia, escudriñando en todo con vela en la mano, por decirlo así, la falta ú omision de rectitud y justicia. En una palabra, nada se perdonó á si mismo: y como no cesó de clamar incesantemente á Dios para el acierto, es de creer conseguiria de su misericordia cuanto le pidió, oyendo con individualidad y por entero, los justos gritos de su conciencia, quedando sofocados los indebidos del amor propio que por todos medios anhela á influir en todo sin perdonar lo mas sagrado. Este su laudable empeño de hacer una confesion general, exâctísima en lo posible, fué muy sabido de algunos, ya por decirlo él mismo en varias ocasiones que se ofreció hablar en los primeros dias de su retiro de esta materia, y ya por no cautelarse nada en los medios que tomaba para verificarlo. Y aun muchos mas pudieran haber sabido y observado las disposiciones sensibles con que se llegó al Sacramento de la Penitencia, y la situacion en que se puso al recibir la santa absolucion. Pero ya que por casualidad no se supo esto, ni ninguno lo advirtió, no sé que haya motivo para que un mero escrúpulo, y un temor infundado, oculten quanto puede conducir á la mayor gloria de Dios, y edificacion comun.

Don Fernando no ignoraba lo mucho que se necesita para que la santa absolucion cause en el alma lo que quieren decir las palabras de que se compone; y estaba bien persuadido que (aunque por descuido, y negligencia de muchos) no todos se levantan de los pies del Confesor absueltos de lo que se imaginan; él para obiar esto, y no desmerecer

aquello, despues de concluir su exámen, y ajustar con la exátitud dicha las partidas de su vida, dedicó dos dias con gran parte de sus noches al importantísimo objeto de disponerse con la dignidad posible para la santa absolucion, exitándose por todas las reflexiones christianas mas propias al efecto, á los vivos y penetrantes afectos de fé, temor, esperanza, amor, dolor, y detestacion de sus culpas, y llamando con lágrimas y suspiros á las puertas de la misericordia divina para la entera remision de todas ellas por los méritos del Redentor, empeñando para esta gracia á la que siendo digna Madre suya, es igualmente madre y refugio de los pecadores ya contritos y humillados.

Así dispuesto y preparado, se presentó á la hora asignada, y con un exterior de penitente tan verdadero, que pudieran aprender muchos al solo verlo, y aun edificarse y compungirse todos, como á mi me sucedió. Y quando determinado, y como impaciente por la tardanza, iba á levantar la mano para absolver á un hombre, que en mi concepto, lo merecia muy de justicia, fué tanta la efusion de su espíritu, tantos los suspiros y lágrimas, que oprimido su corazon, y sin vigor su naturaleza, quedó á mis pies desfallecido, desmayado, y cubierto de sudor frio. Un tan repentino, como no esperado accidente, me sorprendió sobremanera, me hizo suspender la absolucion, sin otra advertencia, y aun entré en mucho cuidado temiendo otro efecto mayor. Descansó unos momentos, desahogó algun tanto su corazon oprimido; y ya recobrado él, y firmísimamente persuadido yo, que aquel amabilísimo Redentor que estaba en médio de los dos, segun su palabra infalible, decia aun mismo tiempo conmigo las palabras omnipotentes, le absolví por último de sus pecados, con la satisfaccion y complacencia, que no hay palabras en los idiomas del mundo que puedan declararla. Él se quedó en el Coro y pasó la mayor parte de la noche saboreándose en aquella dulzura incomparable que acompaña siempre á las lágrimas

que se derraman á los pies de Jesuchristo, recreándose en la inesplicable consolacion, gozo, tranquilidad, y paz que causa este apreciabilísimo Sacramento, en quien dignamente le recibe, alabando, y engrandeciendo las misericordias del Señor, usadas con su alma, y disponiéndose como lo sabia hacer para la sagrada Comunion, que en el modo mas humilde y edificante, recibió la mañana siguiente, no de otra mano que de la mia, por haberme yo reservado, segun creí que se me debía, esta nueva complacencia y satisfaccion.

Renovado ya Don Fernando en su hombre interior, y hecho una nueva criatura en Jesuchristo, en nada mas debia pensar, á nuestro parecer, que en retirarse á su casa para atender á sus negocios, y empleos. Él podia sin desprenderse de ellos formar un plan de operaciones christianas, distribuir las horas del dia con respecto á Dios y los hombres, y santificarse en su profesion y estado por los medios y modos que prescribe la religion, y se hallan con abundancia en esta ciudad tan cathólica. Pero como Dios se habia dignado abrirle mucho los ojos, veía en su soledad y retiro, lo que nunca habia visto con tanta luz y claridad en el tráfago y bullicio del mundo, y los deseos por consiguiente de su corazon, anhelaban á mas, y no se satisfacían con esto. Él se consideraba como un hombre que venia de una peligrosa y larga navegacion, en que se vió cien veces arriesgado, ó á naufragar, ó caer en manos de piratas; y como cuerdo y experimentado no queria exponerse otra vez á los mismos peligros. Por mas planes, y distribuciones que se le presentaban, siempre receló que el mundo mas traidor y borrascoso para todos, y sin respeto á tiempos, ni á edades, los redujera á simple meditacion ó á proyectos de gabinete y sobremesa, sin otro fruto, ni efecto. Apoyado firmísimamente en tan sábias reflexiones, la resolucion de no acordarse del mundo que formó en el primer dia de sus ejercicios, la estendió á toda la vida, y los tres mas importantes objetos de *Dios*,

Alma y Eternidad, fueron los que eligió para su ocupacion única hasta la muerte. Sin detencion alguna, y con la agilidad que le daba su espíritu concebido, se desprendió de cuantos negocios urgentes tenía entre manos, encargando unos, y satisfaciendo otros, para que su dilacion no perjudicase á los interesados, siendo estas las raras veces que en este primer año se resolvió á salir á la calle. Libre y desembarazado ya de estos cuidados, dejándose ver muy poco de los Religiosos, sin tratar con ninguno de fuera, y con privacion absoluta de todo desahogo permitido, pasó todo este primer año tratando con Dios, y á horas determinadas conmigo. Él aquí tambien formó su plan de operaciones con distribucion de horas, pero solo con respecto á los tres objetos dichos, y sin faltar un punto á lo establecido.

A las cuatro y media se levantaba para disponerse, y hacer oracion hasta las seis. De seis á ocho comulgaba los dias asignados, y ayudaba á cuantas Misas podia, concurriendo entre los muchachos á la sacristía, sin afrentarse de ser visto y observado, y en trájese aunque decente, pobre y humilde, y ejecutando esta funcion angélica con recoleccion, modestia, y compostura edificativa. A las ocho, y despues de tomar un lijero desayuno de chocolate, se encerraba en su celda á estudiar la ciencia de los Santos, instruyendose á fondo en todas las materias espirituales por los autores mas selectos y piadosos que hallaba en la Librería, y no para pasar el tiempo, ó divertir su entendimiento, sino para aprender á hacerse santo, reduciendo á la práctica quanto leía. Pero donde fijó mas su aplicacion y estudio, fué en la obrita del conocimiento de Jesuchristo, por el Padre Saint Jure, y el tomo de la nueva recopilacion de leyes, y legislacion mas excelente que ha conocido el Universo de los santos Evangelios. Estas obras eran para él de preferente atencion, y su lectura todo su embeleso y delicias; por que le enseñaban á enamorarse de Jesuchristo, llorar el tiempo que no lo habia amado, y le po-

nian á la vista de un modo vivo y penetrante, el camino que debia llevar, la verdad que debia seguir, y la vida con que debia vivir. En tan dulce como provechosa ocupacion, pasaba las mañanas y las tardes, interrumpiéndola solamente en algunos ratos que habia destinado para reconocer, y despachar algunos papeles, y asuntos relativos á sus intereses, y que no podia fiar al cuidado de otros; pero sin omitir por tarde la oracion de una hora, y las visitas frecuentes al Señor Sacramentado, que con facilidad y presteza podia hacer por la inmediacion de su celda á uno de los coros que solo en ciertos dias úsa la Comunidad. A las once comia parcamente, y de lo mismo que nosotros, sin querer otras viandas, y absteniéndose por lo comun de la carne en las ocasiones que se la presentaban. Descansaba despues un rato, y hasta las dos rezaba sus devociones, y se bajaba á la Iglesia á visitar los altares. Por la noche tomaba otro pozuelo claro de chocolate, no siendo otra su cena en todo tiempo: asistia con la Comunidad en los tres indefectibles dias de la semana á la disciplina, haciendola con el pensamiento fijo en la flagelacion de Jesuchristo mas que en sí mismo: trataba conmigo de sus asuntos, y de las disposiciones de su corazon: se confesaba dos y tres veces cada semana; y siendo como las nueve se bajaba con sumo silencio y disimulo á la Iglesia, donde permanecia hasta media noche, y á veces hasta la una, aprovechando aquellas horas silenciosas y quietas en acompañar á Jesuchristo Sacramentado, ó postrado en tierra, ó en otra postura humilde, pensando en sus bondades y misericordias para con él, tratando de los intereses de su alma, ofreciéndose enteramente á sí mismo, resignándose en su santísima voluntad, y pidiéndole gracia de hacérsela cumplir. Tal fué el tenor constante de vida que observó en aquel primer año.

Como, segun diré despues, se resolvió á separarse para siempre de su Patria y parientes, en el segundo año alteró algun tanto su establecida dis-

tribucion, por salir á la ciudad algunas mañanas en dias de trabajo, á fin de poner en buen orden sus intereses y dependencias, y por quedarse tambien á comer muchas veces con sus hermanos, aunque no tanto por voluntad propia, cuanto por disposicion mia, en consideracion á la ternura con que lo amaban. Pero sin entrar en otras cosas, ni entretenerse con sus amigos, y aun sin levantar sus ojos para mirar á nadie, prontamente se retiraba á su celda, á continuar con el mismo fervor sus prácticas de virtud, y no disiparse en el espíritu. Tambien salió otras mañanas en domingos, y dias festivos, no por los fines dichos, sino por otros mas superiores.

Don Fernando estaba muy penetrado de la gravísima obligacion en que se halla todo hombre de nacimiento y circunstancias de dar buen exemplo; para que el resto del pueblo, que solo se gobierna regularmente por lo que vé, no tenga donde apoyar su tibieza, ó relajacion con lo que otros de carácter y distincion hacen ú omiten. Con este desig- nio, y por creer que no habia llenado tan indis- pensables christianos deberes, excogitó para suplirlo en lo posible, el médio de comulgar en aquellas Igle- sias donde habia mas concurso, ó por razon de alguna festividad, ó por otras circunstancias. Desde luego aprobé su pensamiento, y pocas Iglesias que- daron en esta Ciudad, á donde no concurreña á co- mulgar, dejándose ver con un recojimiento, devocion, compostura, y gravedad muy digna de imitacion.

Con una conducta tan ajustada, y con dias en- teramente llenos de acciones santas, no era de ex- trañar fuese su vida santa, y que su alma se ador- náse con todas las virtudes que la pudiésen hacer grata á los ojos de Dios. No presenta una carta proporcionado campo para la circunstanciada enu- meracion de todas; pero si no he de olvidar la edifi- cacion comun que se espera, no puedo desenten- derme por entero, y dejar de decir las mas sobre- salientes que observé en su conducta exterior, y las

que conocí por las disposiciones en que se hallaba su espíritu, según la relación que me hacía, como á director suyo en conversacion familiar.

Su recojimiento interior, y facilidad para estar entre dia en la presencia de Dios, y que resaltaba sobre su rostro, mas parecia de un hombre ejercitado en la virtud por muchos años, que de un principiante que comienza á practicar una de las primeras lecciones de la vida espiritual. Velaba sin cesar un momento sobre sus pensamientos y acciones, sobre los impulsos y movimientos de su corazón, para que no le dominase ninguna injusticia, y para que sus pasiones no se insolentásen, como lo procuran de ordinario, consiguiendo con tan continua vigilancia tener subordinados estos enemigos domésticos, tan difíciles de domar. Con tanto desembarazo se desentendió de los juicios, y respetos humanos, tan superior se hizo á todas sus impresiones, que apenas las conoció, conduciéndose en toda ocasion y encuentro de un modo verdaderamente admirable, y pocas veces visto en sujetos de sus circunstancias, y de tan pública mudanza. El desprendimiento del mundo, y de cuanto se aprecia por los mundanos, fué en él tan absoluto y tan sin reserva, como si nunca hubiera echado ninguna raíz; y sin perjuicio de su virtud bien fundamentada, halló el secreto de corresponder á sus hermanos, sobrinos, parientes, y amigos con la misma estimacion y aprecio con que lo amaban, y vivir separado de ellos, y aun dejarlos últimamente para no verlos mas, sin que su memoria despertase la menor ternura, ni tubiera que sufrir en su partida, dilatado y trabajoso viaje, el menor combate de la carne y de la sangre.

Su devocion para con Jesuchristo Sacramentado, aunque la heredó de sus piadosos padres, y es el carácter mas brillante que distingue en esta ciudad á la noble familia de los Vergaras, la aumentó, y la elevó á un grado, que aunque no facil de saberse, se dió lo bastante á conocer en aquella su insaciable hambre por recibirlo, en no acomodarse para sus horas

de oracion sino en su presencia, en nõ poder vivir una hora, por esplicarme así, sin visitarlo, y en aquel su respeto, temor reverencial, afecto y devocion que permitia saliese á su exterior, cuando á su parecer nadie lo observaba. Desde el momento que hizo su confesion general con las disposiciones dichas, se advirtió en él una compuncion y dolor de sus pecados, tan permanente y sencible, que siempre y á todas horas, lo consideraba yo en disposicion suficiente para reiterarle las absoluciones con la seguridad que permite este delicado asunto, sin embargo de prepararse para cada una con oracion fervorosa de hora, y aun muchas veces de mas tiempo. Él confirmó plenamente el concepto que yo habia formado de su profundísima humildad de corazon, nacida del vivísimo y nunca interrumpido conocimiento propio de su nada y de sus miserias, con su adhesion á mi persona, rendimiento de juicio y entera dependencia á cuanto le decia y ordenaba, con su trato dulce y afable con todos, sin melindre, ni afectacion, con hacerse por sí mismo aun lo mas mecánico de la celda, sin querer criado ni permitir que otro le sirviera, y con amar y preferir los vestidos pobres y obscuros, mas que en otro tiempo los ricos y vistosos.

Pero en mi concepto hizo mas brillante su humildad, y la dió mas á conocer en la desconfianza en que vivia de sí mismo, y particularmente de sus operaciones pasadas, en los deseos ardientes que tenia de darse á conocer á todos, aun á espensas de críticas y desprecios, no por justo y santo, sino por malo y pecador: y en sus esfuerzos y diligencias para ponerse á los pies de todos. Estas humildes disposiciones lo hubieran conducido, á permitirlo yo, á que hubiese hecho una confesion pública, ó en la plaza de esta ciudad, ó en la Capilla del Sagrario ántes de partirse; y á no contenerlo, hubiera tomado otra resolucion ruidosa para pedir perdon á todos, por lo que él, nimiamente severo en sus juicios, creía haber escandalizado en su porte y conducta, y perjudicado por sus encargos y empleos. No es este fervor de mi afecto, ni menos empeño apasionado por representarlo virtuoso. A mas

de haberme facultado para hablar de cuanto quisiera, aunque fuese relativo al sigilo de la confesion, y que espero se me hará el honor de dar crédito á este mi dicho, se halla así expresamente anotado entre los varios encargos que me dejó por escrito en una que intituló *memoria testamental*, y que conservo hasta el presente. Diré algunos y en los propios términos que tengo á la vista.

A D. N. se le pedirá perdon por haber procedido contra él en su causa (cosa á la verdad que sentí mucho, y en que no obré por desafecto sino por razon del oficio) y de lo que con este motivo le haya incomodado, expresándole que deseaba tener grandes proporciones para servirle. A D. N. y N. lo mismo por el descuido y omision que hubiera habido por mi parte (en tal asunto) sin embargo de haber hecho todo lo que les consta, deseosisimo de servirles—Lo mismo á D. N. por cuanto le incomodé en la comiston que tuve contra él, y de lo que pude tambien incomodarlo en mis honorarios, sin embargo de no haber llevado cuantos pudiera, y haberle proporcionado con industria, por conocerlo inocente, los medios para vindicarse, como lo hizo y consiguió: y declaro que fué falso é infundado el rumor que se esparció, de que me querian dar veneno en la Villa de Mompox, pues no puedo pagar los obsequios que recibí de sus habitantes.—A los procuradores y receptores se les pedirá igualmente perdon por lo que pueda haberles dejado de satisfacer por razon de sus derechos, ó gratificación de sus pasos en asuntos que han seguido conmigo, dándoles lo que ellos digan poderseles deber. Seria incomodar con exceso si relatara por menor todos los demas encargos que me hace de igual naturaleza. Y deseoso por último de humillarse á los pies de todos con un perdon general, concluye con estas palabras. Este perdon se pedirá, ó por medio de algun Predicador en el púlpito, ó de cualquiera otro modo que parezca mas conveniente á V. P. para que llegue á noticia de todos, especialmente á aquellas personas que hubiesen recibido de mí algun agravio, ó perjuicio, con motivo de haber servido en la fiscalía y de agente fiscal, y tambien de juez ó asesor, ó por mi insuficiencia, ó por haber demo-

rado indebidamente los expedientes puestos á mi cargo, ó por cualquiera otra razon y motivo.

Esto me encargó en su partida para satisfacer de algun modo lo que no pudo hacer por si mismo, como ardientemente deseaba, por no permitirse yo, ni juzgarlo necesario: y esto me lo repetia en su viaje y aun despues de vestir la cogulla, instándome y apremiándome para su ejecucion en casi todas sus cartas con estas palabras. *Repito que conserve V. P. la memoria testamental; la lea á ratos desocupados, y haga se cumpla todo lo que expreso en ella para seguridad de mi conciencia, dejándolo todo á su euídado con la confianza que tengo en V. P.....* Unos dirán que estos son escrúpulos ó nimiedades impertinentes, y otros tal vez inferirán que Dios le permitió hallar motivos de temor y humillacion en sus empleos, que aunque brillantes en las Repúblicas, no dejan de ser peligrosos para la salvacion, y de considerable responsabilidad para con Dios y los hombres. Pero yo lo que digo es, que para hacer esto, para estar dispuesto á hacerlo por si mismo, y aun desearlo hacer con la publicidad que queria D. Fernando, es necesario tener al mundo bajo los pies, y con mas humildad de la que á primera vista parece. En fin, en los dos años que vivió entre nosotros, de tal modo se condujo en el tenor de su vida santa, tan visible se hizo su exemplar conducta, y tantas virtudes dió á conocer que lo adornaban, que no se podia dudar haberse apoderado de él la gracia del Señor, hasta aniquilar, por decirlo así, sus inclinaciones y aun hasta mudar su naturaleza. No fui yo el único que lo advirtió, ni el solo á quien se deba dar crédito de cuanto digo. Los Religiosos de esta comunidad con quienes ya se franqueó algunos ratos en el segundo año, son otros tantos testigos que confirmarán esta evidente verdad, mereciendose D. Fernando por los grandes exemplos con que los edificó con palabras y acciones, una eterna memoria, y un inesplicable aprecio y estimacion sobre la que ya se le debia por otros muchos respetos. No puede negarse que mirándolo todo á buenas luces, son estas mudanzas obras maes-

tras de sola la omnipotente gracia de Jesuchristo; pero tambien se debe confesar, que así lo sabe hacer cuando se le da el corazon sin reserva, poniéndolo generosamente en sus manos para que llene sus vacíos, y lo haga á medida de sus deseos.

Unos ejercicios de duracion y rigor no comun, eran disposicion excelente para que D. Fernando recibiese los sagrados órdenes: una vida tan ajustada y virtuosa, lo proporcionaba para ser un digno ministro de los altares: y tambien serian muchas é inesplicables las ventajas que resultarian á esta ciudad, teniendo en él un sacerdote lleno del espíritu del Señor, ilustrado con sus soberanas luces, penetrado de sentimientos christianos, desprendido del mundo, desengañado de sus vanidades y falsos atractivos, amante del retiro, entregado á la oracion, y trato íntimo con Dios, aplicado al estudio de las ciencias útiles, y por otra parte de superior talento é ilustracion, y en edad en que no facilmente podia recelarse inconstancia, lijereza, ni extravío. Así prudentemente discurrían muchos, fundados en su prolongado retiro, y separacion absoluta de todo lo del mundo, y aun se lo prometian con seguridad. No fueron ellos ni los únicos, ni los primeros en destinarlo al estado eclesiástico. Yo lo pensé mucho antes, y tan presto como observé sus primeras resoluciones. Es verdad que en aquel pronto solamente lo miré como simples ocurrencias, sin fijar mas la atencion, ni el discurso; pero cuando pasados algunos dias me comunicó el voto que arrebatado de su espíritu, acababa de hacer á Dios, y á su Madre Santísima, de no exercer mas la abogacia, ni ocuparse nunca en asuntos de plaza, y negocios de igual naturaleza, no puedo negar que ya miré mis primeras ideas con otra seriedad y reflexion; de modo que siendo preciso fijarse en algun estado, ó género de vida, no me ocurrió por entonces, otro mas proporcionado á su persona y circunstancias, resolviendo por esto en mi interior, que esto era cuanto le convenia.

Pero cuando yo estaba mas persuadido de que abrazaria el estado eclesiástico, y aun me lisonjeaba

interiormente de contribuir en algun modo á aumentar en esta ciudad los sacerdotes exemplares y doctos que la adornan, él se adelantó á hablarme de lo que en tres meses que estaba en casa, ni aun por incidencia se habia tratado. Así Dios que tenia en D. Fernando diferentes designios, desvaneció mis ideas alegres y proyectos lisonjeros, y tambien los que despues formarían otros. *Que experimentaba (me dijo en una de nuestras colaciones nocturnas) un nuevo fastidio, y aun horror á permanecer en esta ciudad, que no podia explicar con palabras; y que advertia igualmente en el fondo de su corazon, una suave y fuerte inclinacion para separarse aun exteriormente del mundo, y esconderse para siempre en el desierto de la Trapa.* Es de advertir que tambien D. Fernando fué uno de los muchos que en años antecedentes leyeron las constituciones de este rígido instituto, con lo acaecido en la emigracion de los PP. de la antigua Trapa á Francia, hasta su benigna acogida en España, y establecimiento en Aragon; cuyo librito de lectura verdaderamente tierna y edificante, habia remitido á su hermana el R. P. Galvez, hijo de esta ciudad, y bien conocido en ella por sus recomendables circunstancias. Pero ni cuando D. Fernando lo leyó advirtió en sí otros efectos que los de edificacion comunes á todos, ni en los años siguientes produjo otra mayor impresion su recuerdo ó memoria.

Una vocacion á la Trapa tan repentina, que se dejaba sentir con fuerza y suavidad, que causaba efectos los menos expuestos á ilusion, y en tiempo y lugar el mas proporcionado para merecer que Dios le hablase al corazon, como lo tiene prometido á los que se digna llevar á la soledad y retiro; todo este conjunto de circunstancias, quiero decir, unido á los antecedentes y á la particular conducta que Dios habia usado con él hasta aquel punto, eran motivos al parecer prudentes y fundados para persuadir que el espíritu del Señor era su único autor, y el que por estos medios le daba á conocer su voluntad sobre el partido que debia abrazar para terminar felizmente la carrera de su vida. Mas, sin embargo de parecer así, como en los pensa-

mientos, deseos y proyectos mas santos, sucede no pocas veces que influyen las ideas presentes, la situacion actual, y aun las propias inclinaciones, y se suelen confundir con las inspiraciones que al parecer vienen de Dios, no era el asunto para resolverse tan de ligero, y abrazar sin otra mayor averiguacion una empresa verdaderamente árdua y de la mayor consecuencia. El tiempo, las continuas observaciones, las premeditadas tentativas, y mas que todo, la humilde, perseverante, fervorosa, y confiada oracion, debian decidir y aclarar lo verdadero y lo cierto. Así se procedió para no errar, y para conocer en el modo mas posible la voluntad de Dios, aplicándose D. Fernando á buscarla muy á satisfaccion mia y con todo el desinterés y madurez de un hombre que ni se quiere lisonjear, ni engañar.

Pero cuando no se pudo dudar sin temeridad conocida de la lejitimidad de su vocacion, ya solo se trató de poner los medios para su pronta ejecucion. En esto ocupó D. Fernando las mañanas, que como tengo dicho, salió á la calle en el segundo año con el designio de emprender su viaje á España, ó en sus meses últimos, ó en el siguiente Enero. Ya en aquel Noviembre de ochocientos uno, tenia en el mejor órden todos sus intereses, negocios y dependencias, y ya tambien estaban en su poder cuantos papeles y documentos podian darlo á conocer donde fuera necesario; cuando Dios que *ab æterno*, habia determinado hacerlo un vaso de eleccion, quiso que la tentacion lo probase, como acepto que era ya entonces à sus divinos ojos, permitiendo que se le sucitara una tempestad que turbara su tranquilidad para exercicio de su virtud.

El Demonio primeramente que envidiaba la perfeccion de su alma, y no podia mirar con indiferencia una empresa tan gloriosa para Dios, como ignominiosa para él, hizo cuantos esfuerzos le sujió su astúcia infernal para impedirlo todo, y reírse á su satisfaccion. A mediados de dicho Noviembre fué acometido Don Fernando de tal flaqueza de estómago, y debilidad de cabeza, de tanta inapetencia, vigilia y pesadéz, que se puso en una to-

tal inaccion, quedando en pocos dias como un esqueleto. Aunque estos males se presentaban con aspecto de verdaderos, y que al fin yo no podia negarlos por entero, sin embargo por otras circunstancias conque los veía acompañados, no creía por entonces toda su aparente y visible gravedad, recelándome siempre de alguna oculta tráma de Satanás. Pero como á principios del Enero siguiente, y año ochocientos dos, apareciéron algunos síntomas que indicában hidropesía, y por tal la calificó el médico, ya entré en nuevo cuidado, y tanto, que viéndolo cada dia peor y mas postrado, se mudaron enteramente mis ideas, hasta hacerme pensar que toda la conducta de misericordia que Dios habia tenido con él hasta aquel punto no era con otro objeto que el de hacerle morir entre nosotros con la muerte de los justos. Fué preciso con esta novedad suspender el premeditado viaje á España, y tomar la providencia de enviarlo á *Contreras*, (*) para que la amenidad de su terreno lo restableciera, y su temperamento cálido lo preservára de lo que se temía. Tres meses largos permaneci6 en esta hacienda de su primo; y aunque los recelos de hidropesía desaparecieron enteramente, y se vino á conocer que eran solo aparentes, en los demás achaques no experimentó ningun alivio. Ya por esto, como por lo mas que infería de sus repetidas cartas, me pareció necesario hacerlo regresar para observarlo de cerca, y resolver lo conveniente.

A muy poco tiempo de su arribo, advertí que tambien Dios, aunque con designios santísimos dignos de sí mismo, habia puesto sobre él su pesada mano para afligirlo, y atribularlo, substrayendo la consolacion interior, y la alegria de espíritu, suspendiendo la calma, y serenidad que habia disfrutado su alma hasta ent6nces, y dejándolo en una aridez, sequedad, y desolacion espantosa, y como en un total desamparo. De modo que juntándose á esto y á sus males, una cobardía, ti-

(*) Hacienda de este nombre en la provincia de Neyva.

midéz, y abatimiento extraordinario, se hallaba en la situacion mas lastimosa, y digna de la mayor compasion. Por estos médios de la mayor tribulacion interior y exterior, quiso Dios apurar su virtud, y purificar su espíritu, como lo acostumbra hacer con sus predilectos escojidos. Yo procuraba animarlo y consolarlo en cuanto podia, y aun lo exhortaba à que emprendiése su viaje á España, persuadido firmemente de que esta era la voluntad de Dios, y ya muy desengañado de que sus males eran mas de apariencia y del Demonio, que de realidad y fundado temor: y él tambien deseaba efectuarlo, ya por obedecerme, y seguir el llamamiento de Dios, que siempre siempre advirtió en el fondo de su corazon, y ya por el fastidio y horror que tenia á permanecer aquí, y que cada dia era mayor. Pero ni mis exhortaciones pasaban de insinuaciones dulces y suaves, ni su timidéz y cobardia, le permitian hacer una eficaz resolucion. Él estaba atormentado y aflijido con el contráste de deseos y sentimientos encontrados, y yo pensativo, angustiádo y sin saber qué hacerme con él.

Pero como Dios en las obras de su gloria echa máno de los instrumentos mas débiles, y los maneja con la gracia y primor que sabe, y sin que estos puedan gloriarse ni tomar ocasion para atribuirse cosa alguna, me sujirió al pensamiento.....quiéro decirlo, por que no hay razon para que una modestia mal entendida, haga que oculte las maravillas de Dios; me sujirió al pensamiento, digo: que cuando no se puede negar sin temeridad conocida que Dios llama, es obligacion grave en todo director, el hacer cumplir su voluntad: que una demasiada deferencia à quanto retarda su ejecucion, desproporciona las almas para las gracias que dispensa con liberalidad, y profusion cuando no halla dilaciones ni tardanza; y que en semejantes lances es lícito parecer inhumano. Apoyado en estas razones que à modo de un golpe repentino de luz, aclararon mi entendimiento, y experimentàndo al mismo tiempo un regular impulso en mi corazon, con

rostro ceñudo, y ostentando autoridad le dije y mandé: "que en el preciso término de tres dias habia de salir de Santafé, sin otra dilacion, ni tardanza, añadiéndole: si se muere Vmd. en el camino que lo entierren: siempre se muere bien teniendo á Dios con nosotros, y cuando se muere por obedecer y cumplir su santísima voluntad." Con esto lo abandoné, dejándolo de rodillas, en cuya humilde postura se habia puesto para oírme. Como Dios era el que obraba, aunque interiormente me conmoví todo por lo mucho que lo amaba, y por la situacion lastimosa en que lo veía, al fin quedé tranquilo, por que era haber procedido bien; y él mismo contribuyó à mi mayor seguridad, y aun me consoló no poco cuando de allí à un rato, se presentó y me dijo con una alegría que resaltaba en su rostro, que lejos de darle pena mi sério y ejecutivo mandato, ni causarle el menor sentimiento, su alma se habia inundado toda de un nuevo, é inexplicable consuelo, advirtiéndome al mismo tiempo una resolucion tan activa, que nada era capaz de contrarrestarla. En efecto, Don Fernando lo acreditó con puntualidad, dejándose ver con tal viveza, y procediendo con tal agilidad, que al tercer dia salió de Santafé, aunque en figura de un esqueleto, y en una mañana como pocas destemplada de aquel mes de Julio.

Sin despedirse de nadie, ni manifestar los fines y motivos de su viaje, sino á su hermano mayor, y á otra persona de su entera satisfaccion; con solo un criado, que por último lo desamparó á los cinco dias sin causa alguna y cuando le era mas necesario, emprendió su viaje para la Trapa en España el veinte y ocho de dicho Julio, de mil ochocientos, y dos, por Cartagena, Havána, Cadiz, Valencia, Tortósa, Cambriles y Lerida, experimentando no solamente los grandes trabajos que son inseparables de un viaje de esta naturaleza, aun para el hombre mas sano y de valor, sino los otros incomparablemente mayores que le acompañaron, y sobrevinieron, permitiéndolo y queriéndolo Dios. La fla-

quéza y debilidad llegaron á lo sumo, por la mayor inapetencia, vigilia, y sudor copioso, motivado de los temperamentos cálidos por donde pasó, incomodidades de rio, acontecimientos de mar, caminos fragosos y dilatados, con otras molestias que sin intermision sufrió desde Honda hasta la Trapa. El desamparo interior, la angustia de su alma, la opresion de su espíritu, que siempre quiso Dios le acompañara, le hacían como desfallecer, sin que en tan desecha y continuada borrasca de tribulacion le quedára otro arbitrio que el de levantar sus ojos al Cielo, abandonarse en brazos de la divina providencia, clamar y pedir en sus mayores apuros, y esperar confiado la proteccion del Altísimo. Como Dios es fiel, y no permite al Demonio tentar para del todo vencer y rendir: como es misericordioso, y nunca humilla y aflige para confundir y abandonar, siempre y en todo acontecimiento lo sostuvo, sin apartarse de su lado, ni perderlo jamas de vista, y aun dándosele á conocer y sentir de cuando en cuando, como seguro Protector y Padre tierno y amoroso.

Por sus mismas cartas que consérvo con aprecio, y tengo ahora á la vista, se viene en conocimiento de los medios que le proporcionó Dios en el discurso de su dilatado, y trabajoso viaje para consolarlo, y confortarlo, y de los que usó por sí mismo para confirmarlo en su llamamiento y hacerle merecer su consecucion con los deseos, y peticiones hasta proporcionársela de un modo admirable. Yo, (me dice en las cartas que me dirigió hasta embarcarse en Cartagena) *leo repetidas veces las de V. P. para mi único consuelo; pues en las aflixiones grandes que padezco, y en los males que se han aumentado, hasta no querer el estómago recibir ningun alimento, no puedo tener alivio, ni aun en comunicarlas, pues ya vé que no hay con quien hacerlo. Solo Dios es quien me lo puede dar, y quien me habla por el Kempis, donde he hallado ahora unos Capítulos que leo muchas veces, por que todo su contexto parece dirigirlo á mi, y á mi situacion presente.—¡ Oh, si yo pudiera conseguir el lle-*

gar á España, aunque fuera á costa de innumerables trabajos! ¡ Y cómo pudiera estar allá, hace tiempo, cumplimiento la voluntad de Dios, si hubiera emprendido el viaje desde que debí executar lo, y tan presto como V. P. me lo aprobó, asegurándome que esto era cuanto quería de mí, y sin dar lugar á que mis males me lo retardáran! El considerar esto, y acordarme que solo de mí pendió, me llega á la alma. Ruégueme mucho á Dios que se olvide de semejantes infidelidades, y que me proteja para que pueda cumplir los designios que siempre ha tenido su providencia divina, en excitarme por tantos medios de misericordia á que déje el mundo. Hágalo de caridad todos los dias, y muchas veces en cada hora, y aun instante, si es posible.

En la que me escribe ya de Monje, dándome razon extensa, é individual de cuanto le acaeció desde Cartagena hasta aquella fecha, toda está llena de expreciones de la mayor ternura, y que representan al vivo el cuidado particular que Dios tuvo de tomarlo bajo su amparo. En la Habana, dice, *tuve mas fuertes tribulaciones que nunca: Dios me sostenia, me consolaba y animaba misericordiosamente por varios modos, y particularmente por el Kempis. . . . En Cádiz entregué la carta de recomendacion al Señor Marqués de Valde-Iñigo, y le comuniqué mi resolucion. Este sujeto que es de grande virtud, y justamente muy afecto á la Trapa, no solo aprobó mi intento, sino que me animó mucho, y me dió carta de recomendacion para nuestro Padre Abad.—En Valencia estuve hospedado en el Convento, y aunque debí particular cariño y obséquios, que no merecia al Padre Provincial y demas Religiosos, especialmente á los que habian estado en esa, y conocido á mi hermana y familia, á pocos dias de estar descansando, y reparándome, comencé á experimentar mucho disgusto en aquel lugar, como me habia sucedido en Cádiz, y demás donde habia estado, con un grande desatino por venirme acá: de suerte que determiné seguir, y así se lo dije al Padre Provincial con quien me habia descubierta, segun V. P. me lo dijo, y me lo aprobó animándome*

me á la empresa. Precipitadamente salí de Valencia en el primer carruaje que hallé, y por varios derroté-ros, llegué aquí la víspera de San Agustín, á los trece meses de haber salido de Santafé.—Los temores conque venia durante el viaje se aumentáron precisamente á mi llegada, no pudiéndome persuadir á que segun mi situacion quisiéran recibirme, ni que yo pudiera seguir la austeridad de la Trapa. Pero la Virgen Santísima, á quien constitui por madrina, tolo lo proporcionó y mejor que yo lo habia deseado. Hallé pronta acogida, y la mas benigna y caritativa; y tanto el Padre hospedéro, como el Padre Prior me animaron, segun yo lo necesitaba, y á los ocho dias me introdujeron á los ejercicios de Comunidad en cualidad de Postulante.—Tan presto como estuve agregado á esta santa y penitente Comunidad, desaparecieron todos mis males, se disiparon todos mis temores, quedando mi alma en un consuelo inexplicable, y con una facilidad y disposicion en mi cuerpo para seguir todas las observancias y rigores del Monasterio muy superior á mis fuerzas, y aun á mis esperanzas, dándome Dios á conocer por estos médios de tan grande seguridad, que aquí me quería, y para aquí me llamaba. Ayúdeme V. P. á ser agradecido á Dios, y pídale con el mayor empeño que perfeccione esta obra propia toda de su misericordia, y lo mismo á nuestra Señora, haciendole una visita.....

Separado ya por entero del mundo, desprendido con el vestido y aun con el nombre y apellido, de todo tráto y comunicacion con las criaturas, sepultado en un desierto que lo preservaba de su memoria y de cuanto podia distraerlo en un cister y clara val de virtud y perfeccion asombroso; hermano de santos, compañero de ángeles en carne humana, oyendo de continuo palabras de edificacion y alabanzas á Dios, viendo en todos instantes ejemplos que seguir, virtudes que imitar, fácil es inferir el fervor y espíritu con que emprendería el nuevo Monje Fr. Ignacio la carrera de la vida religiosa. Por la edificante relacion que acompaña del Reverendísimo Padre Abad, se viene en conocimiento, que sin dete-

nerse un punto, ni aun volver la cara atrás, corría con pasos de gigante por los caminos de la santidad, con lijereza de ciervo por las sendas de todas las virtudes, y aun como águila generosa volaba á la union mas íntima con Dios.

Es verdad que el Señor lo arrancó temprano del terreno con especialidad suyo, y sin esperar un año para que pudiera producirle los mas frutos que se esperaban. Mas no cortó el hilo de su vida, por hallarlo árbol inútil, que ociosamente ocupaba la tierra de bendicion. Fr. Ignacio tan presto como se vió plantado en la casa de Dios, y árbol de su ameno Paráiso, comenzó á fructificar: y Fr. Ignacio, vestido de flores y frutos, lo halló la segur de la muerte, haciendo efectivos en cuanto pudo los sudores y desvelos del divino Labrador, Padre de tan ilustre familia. No fué larga, quiero decir, la carrera de su vida en el estado Monástico: pero sí fué fervorosa y rápida. Fué mas corta de lo que se pensaba; pero llena de fidelidad, y exenta de aquella tibieza de que apenas se libran del todo las vidas mas santas cuando son largas. Ningun obstáculo de austeridad, penitencia, mortificacion, humillacion, silencio y soledad se le presentaba, siendo del número de aquellas almas que apresuran y abanzan con tanto mas ardor y actividad, quanto mas tiempo perdieron, y quanto mas tarde llegaron á trabajar en la viña de su alma. Dios, debemos creer, estaba satisfecho de la sinceridad de su corazon, de los deseos santos que lo animaban, de las disposiciones fervorosas que se hallaba para servirle siempre con igual constancia en cuantos años de vida quisiera darle. Su alma, podemos añadir, purificada y acrisolada en el horno de la tribulacion, y hallada siempre fiel y constante, era ya grata á los divinos ojos; y viendo tal vez el Señor que en cuatro años de fervoroso y no interrumpido servicio habia llenado muchos tiempos de carrera, se dió por satisfecho, y tuvo á bien sacarlo misericordiosamente de las miserias de esta vida, y de los muchos trabajos y

peligros que la acompañan. Murió en fin Fr. Ignacio, dia dos de Abril, del año de ochocientos cuatro, y á los siete meses de Novicio, y fué trasladada su alma á la region feliz de los Bienaventurados para descansar en paz eternamente en el seno de su Dios. ¿ Si hemos de discurrir piadosamente, no lo deberémos creer así?....¿ Podrémos decir, sin temeridad, no se salvó Fr. Ignacio?....

Dios lo preservó de la entera corrupcion del mundo, lo compelió con suave y fuerte empeño á refugiarse en un claustro Capuchino, para hacerle conocer y llorar el tiempo perdido, y para proveer con tiempo las necesidades de su alma. Dios le dió aborrecimiento al mundo, horror á sus ocupaciones y empleos, conocimiento de sus riesgos y responsabilidad, amor á su servicio, aplicacion al estudio de las virtudes, satisfaccion y contento en la soledad y retiro, y perseverancia en la virtud y santidad. Dios le inspiró por sí mismo el estado mas perfecto y seguro para su salvacion, y despues de conducirlo en el camino, haciéndose su guia y protector, se lo proporcionó, como milagrosamente y contra toda esperanza humana. Y por último, vestido de la nueva librea de sus escojidos, mandó tranquilizar el mar, vedó el movimiento de los vientos, y lo aseguró en un consumado reposo, en una paz cumplida, en un gozo interior completo, en una confianza animosa, para que ya no se turbáse la tranquilidad de su espíritu, hasta su última respiracion. Un Dios tan bueno, y de tan señaladas misericordias para con Fr. Ignacio. ¿ no las extendería hasta la eternidad? ¿ Terminarían en su muerte? ¿ Dejaría Dios comenzada la obra de su misericordia, como si no supiera, ó no pudiera completarla?

¿ Y dirémos que no se salvó Fr. Ignacio? ¿ Fr. Ignacio, que cooperó fiel y prontamente á las inspiraciones y llamamientos de Dios, mudando de vida, reformando sus costumbres, despreciando al mundo hasta perderlo de vista para siempre, desprendiéndose de su Patria y parentéla para no verla mas,

abandonando sus intereses, sus comodidades y esperanzas bien fundadas, siguiendo la luz de Dios que lo guiaba por rumbos trabajosos á una region distante sin perderla un punto de vista, y respondiendo obediente á la voz divina que le intimaba el perpetuo encierro en la casa de la penitencia, para vivir y morir en el martirio de la incesante mortificacion? ¿No se salvaria Fr. Ignacio despues de llorar sus pecados con la mayor amargura de corazon á los pies del Redentor y de sus Ministros; despues de dos años continuos de vida exemplar y santa, sin el menor extravío, ni inconstancia la mas ligera, sujetándose enteramente á un director, gobernándose en todo por su dictámen, y poniendo en sus manos su entendimiento y voluntad, su cuerpo y su alma; y despues de un año y meses de trabajos, tribulaciones, dificultades, obstáculos, que solo Dios pudo saber su amargura, su dolor y su sensibilidad; y todo padecido únicamente por su amor, solo por servirle, sin otro designio que complacerle: siempre en todo acontecimiento, en todo encuentro, por caminos y por aguas, por Ciudades y por Pueblos, llevando en propias manos su alma, no olvidando la Ley santa del Señor, acompañado del temor santo de ofenderle, y sin distraherse á mirar el mundo, sino para ver por donde lo podia dejar mas presto? ¿No se salvaría, estando en la casa de Dios y en la puerta del Cielo, un hijo legitimo de los Benitos, de los Robertos, de los Bernardos, un verdadero hermano de innumerables Santos: y no haciendo otra cosa en siete meses que trabajar por imitarlos, ahuelar á seguirlos de cerca, y ocuparse incesantemente en su salvacion? En fin, ¿no se salvaria Fr. Ignacio muriendo como los justos, contrito y humillado, penitente, reconocido á las bondades de Dios usadas con su alma, resignado en su santísima voluntad, confiado en su misericordia, y en la proteccion y amparo de su Madre bendita, y en manos de justos, rodeado de justos, asistido de justos, amparado de justos, y clamando y

pidiendo á Dios por su salvacion mas de setenta justos? ¡ Oh tránsito dichoso! ¡ Oh fin preciosísimo! ¡ Oh muerte feliz, preciosa, digna de envidia!

¡ Y si Fr. Ignacio no se salvó muriendo con las mayores y mas evidentes señales de verdadero justo, el impío y pecador á donde irán á parar? ¡ Cómo se prometen salvar los hombres del mundo, los hombres carnales y las mugeres disolutas, profanas y escandalosas, sin otros méritos para su salvacion, que los de su vana, temeraria y presuntuosa confianza? ¡ Cómo esperan hallar misericordia en Dios? ¡ En qué se fundan para prometérsela con una seguridad que asombra, no poniendo otros medios que los mas propios y conducentes para desmerecerla, y los mas proporcionados para atraher sobre sí los rigores de su justicia?

Yo bien conozco que en la relacion que acabo de hacer de mi amadisimo difunto Fr. Ignacio, y siempre vivo en mi memoria, no se presenta su mudanza de vida con el aspecto ruidoso que se halla en la relacion de otras conversiones, y que al oír-las publicar, se admiran y aun se asombran los amadores de novedades; ni tampoco se hallan aquellos sucesos, y acontecimientos que sorprenden por lo raro, y pocas veces visto. Pero hay sin embargo en mi relacion lo suficiente para bendecir, y alabar al Dios de las misericordias, como autor único de obras tan maravillosas; y tambien hay mas que lo bastante para que á vista de un hombre de treinta y seis años, noble por su nacimiento, distinguido por sus empleos, literatura y desempeño en la capital de un dilatado Reyno de cuerpos respetabilisimos, de sabia Universidad y Colegios florecientes: á vista de un hombre criado en la abundancia y regalo, debil por complexion y aun naturalmente inclinado por su temperamento al ócio, á la comodidad y al descanso: á vista, en fin, de un hombre que no carecia de las cualidades que podian hacerlo amable, y grato á los ojos del mundo, echen mano los libertinos de lo fuerte de sus espíritus, y se animen á hacer otro tanto: y si con toda su fortaleza no pueden imitarle, callen, y no insulten con tanta

temeridad y osadia el soberano poder de Dios, á quien solamente están reservadas unas obras tan grandes, y unas empresas tan árduas.

Tambien los pecadores podrán excitarse con este exemplo doméstico que Dios les pone á la vista, á recurrir á su misericordia para pedirle su conversion, y la gracia de imitar á Fr. Ignacio en la mudanza de vida, reforma de costumbres, y para disponerse á una buena muerte con la práctica constante de todas las virtudes, acompañada de una séria penitencia. Y los buenos, por último, hallarán un motivo urgentísimo para excitarse á avanzar en la virtud y perfeccion, persuadiéndose que no poniendo obstáculos á su gracia puede hacer en ellos lo que con otros, por mas que parezca que no cabe en la flaqueza de nuestros tiempos, ni en la relajacion de nuestro siglo, como si la mano del Señor estuviera ya abreviada. Ha! que Fr. Ignacio á todos, todos, y á mi el primero nos.....pero ya olvidaba demasiado que esto es carta, no es sermon, dejándome arrebatado por unos afectos que no he podido contener.

Señores míos: Vmdes. con su prudencia disimularán todo defecto y pesadéz. Y pareciéndome estar cumplido quanto prometí al principio, concluyo con dar á Vmds. los parabienes, con un corazon poseído de los sentimientos del mayor regocijo, por haber muerto su hermano en el monasterio de Santa Susana de la Trapa con humilde y penitente cogulla, sobre la paja y ceniza, y con exhortarles y decirles con el Arcangel San Rafael á los dos Tobias. *Vos autem benedicite Deum, et narrate omnia mirabilia ejus.*

Yo por mi parte así lo haré mientras viva, participando de los alegres motivos de confianza que excita á Vmds. como tan interesados, un acontecimiento que realiza mas y distingue la gloria religiosa, y christiana de esa familia, á la que tanto me une mi inclinacion, mi gratitud, mi respeto y el afecto, con que es de Vmds, su mas atento Capellan y menor Capuchino Q. S. M. B.

Fr. Andres de Aras.

*Inventa autem una pretiosa margarita, abiit, et vendidit omnia
quæ habuit, et emit eam.—Matthæi cap. XIII. v. 46.*

SONETOS.

—ooo—

¿ Qué tesoros, FERNANDO, te ha mostrado
Mas allá del Océano desmedido
Esa divina voz que has percibido
Del Santuario al reposo retirado?
¿ A donde vás, dexando apresurado
El suelo pátrio, y el hogar querido,
La honrosa tóga, el puesto distinguido,
Y el fraternal amor desconsolado?
¡ Oh sábio negociante! De este modo
Adquiriste la joya mas cumplida
Cuyo valor excede al mundo todo.
Diste penas por gozo sin medida,
Diste por todo el Cielo inmundo lodo,
Y breve tiempo por la eterna vida.

—ooo—

*Dixit Dóminus ad Abram: Egrédere de terra tua, et de cognatione
tua, et de domo patris tui, et veni in terram, quam monstrabo tibi.—
Genes. Cap. 12. v. 1.*

* * *

Así el grande Patriarca fué llamado
À merecer la bendicion preclára,
Y así tambien carísimo VERGARA,
Fuiste á la Trápa á mejorar de estado:
Dios allí te llamó, y fortificado
Con sus santos auxilios, te prepára
Para viajar al Reino donde ampára
Al espíritu en Christo renovado.
Saliste en fin del valle miserable,
Y no dudó que al monte de la gloria
Subiste á disfrutar dicha inefable:
Si allá gózas la palma de victoria,
Compadéce el destino lamentable
De los que aun yácen en la inmunda escória.

ERRATAS.

<i>Página</i>	<i>linea</i>	<i>dice</i>	<i>leáse.</i>
1.....	17.....	pusilaminidad..	pusilanimidad.
5.....	1.....	los.....	las.
12.....	5.....	Erancisco....	Francisco.
12.....	11.....	de Monasterio..	del Monasterio.
14.....	7.....	providancia....	providencia.
15.....	20.....	ccncepto.....	concepto.
20.....	39.....	dendentro.....	dentro.
22.....	2.....	exatitud.....	exáctitud.
26.....	28.....	cuncurriera....	concurriera.

